

SEIS ENCUENTROS DESIGUALES

Carlos Domingo, 2007

Según Toynbee, en su búsqueda del origen de las civilizaciones, cosas impredecibles se originan en encuentros, aparentemente casuales, de entidades no relacionadas. En lo que sigue imagino, con algún fundamento histórico o legendario, algunos encuentros de este tipo. He elegido encuentros entre seres humanos muy desiguales. No se juzga quien era superior. Todos eran humanos.

1. El inválido de Kapilavatthu y el príncipe

Apenas puedo moverme por mis dolores en las piernas. La picazón de las llagas en todo el cuerpo no me deja dormir. Mi aspecto debe ser tan repugnante que la gente de Kapilavatthu trata de no verme. Si por descuido me miran veo una mueca desdeñosa. Sin embargo hace unos días he conseguido algunas monedas. Un joven bello y cargado de joyas, tal vez un príncipe, pasaba en una espléndida carroza que no sé como se introdujo en la estrecha y sucia callejuela sin salida donde me siento a pedir. De las calles más principales me ahuyentan los guardias y otros limosneros más fuertes. El joven, al parecer preguntó algo al cochero. Este le explicó algo señalándome y la carroza se detuvo. El joven me dirigió una profunda mirada con una expresión de asombro, como el que ve algo por primera vez. Osé mirarlo a sus ojos sólo por un instante, pues sé que una mirada mía en los ojos puede impurificar a cualquier persona de las cuatro castas. Como en mi país todo pordiosero tiene algo de santo y todo santo algo de pordiosero pude percibir en su mirada algo grande. Por primera vez en mi vida alguien me miraba sin desprecio, con una mezcla de asombro, reverencia y hermandad. Intercambió unas palabras con el cochero y este me arrojó estas monedas que me permitirán comer por algún tiempo. Luego, con mucha dificultad, la carroza dio una vuelta y salió de la callejuela.

Dos días después un joven ¡el mismo joven! sin joyas y con un simple vestido amarillo entró caminando pausadamente por la callejuela, como buscando algo. Se paró a una distancia mucho menor a la permisible por su casta. Me miró un momento en silencio, como si mirara a un igual, como si se mirara a sí mismo y se fue por donde había venido. No lo he vuelto a ver.

2. El fueguino y el sabio (1832)

El barco se prepara para zarpar de la desolada costa del estrecho, con el malvado capitán Fitz Roy, que nos capturó a los cuatro hace tres años y nos llevó a Inglaterra no entiendo porqué y ahora no se porqué nos devuelve a nuestra familia. En el barco vino con nosotros el amigable Charles, siempre triste y enfermo, coleccionando piedras y esqueletos y discutiendo sobre animales con el capitán. Ayer nos bajaron a tierra. Charles me acompañó y me preguntó si quería quedarme o volver a Londres en un largo viaje. Lo pensé muy fuerte. La magia de los de Londres es inmensa. No pasan frío pues queman unas piedras que huelen muy feo pero calientan. El número de casas es increíble, todas amontonadas. Hay mucho ruido. Aprendí el idioma, hablan mucho pero, aunque comprendo el idioma no los entiendo. Siempre están apurados y en otra cosa. Sólo Charles se queda mucho tiempo como meditando. Como si tuviera un problema serio que le preocupa. Se parece a Canniú, nuestro médico. Ailain, la mujer que viene con nosotros dice que es brujo. Miro el barco, al buen Charles que sonrío esperando mi respuesta. Recuerdo el calorcito y la comida de Londres. Veo a los míos. Quiero vivir con ellos. Pero nunca podremos explicarles lo que hemos visto. Nos faltan las palabras, nuestro idioma no alcanza. Ailain parece que se queda aquí, nos miramos pero ninguno decide. Un caso de "mamihlapinatapai" (palabra que nunca pude explicarle a los ingleses aunque a ellos también les pasa). Ailain ve a su hermano que ha venido a recibirnos. Ella se acerca a él. El mamihlapinatapai se ha desecho. Nos quedamos.

3. El rey y el cínico

Estoy molesto. Sólo quiero que me dejen tranquilo. No ver a nadie. Quiero ser nadie, no tener riqueza ni poder, ni influencia. Pero estos atenienses son incorregibles, les divierte cualquier novedad, y me he transformado, para ellos, en una novedad. No me dejan en paz. A sus palabras necias les respondo con comentarios ácidos e ironías ofensivas. Y esto les divierte en lugar de alejarlos, las comentan en sus absurdos festines y hasta las ponen en libros. Dicen que soy un filósofo. Se que no lo soy porque no tengo teorías. Hoy la intromisión llegó al colmo. Salí de mi choza que construí con los restos de un tonel. Me había enfriado en la noche y esperaba que llegara el Sol.

Vi llegar una comitiva encabezada por un joven bellísimo, vestido como un guerrero en un robusto caballo. Se acercó y vi en su mirada repugnancia y desprecio, luego cambió

a una expresión de sincera intriga. Dijo en puro acento ateniense: “Soy Alejandro rey de Macedonia, hijo de Filipo” Breve pausa. “Me han dicho que eres un sabio. Pídeme lo quieras y se te concederá. Sólo tienes que decirlo”. Vi el resplandor del deseado Sol detrás de su figura y dije lo que sentí en ese momento. “Por favor, no me hagas sombra”. En sus acompañantes vi una expresión de asombro, no exenta de ira como si hubiera dicho una blasfemia. También en él, pero luego pasó a concentración, como buscando una respuesta. Pero pronto reaccionó hizo volver su caballo y se fue murmurando algo, seguido de los suyos.

Alguien me comentó qué dijo: “Si no fuera Alejandro quisiera ser Diógenes”. No se que quiso decir ¿Qué después de él yo era lo más importante? ¿Qué si fuera algo distinto de lo que era preferiría ser nada como yo? ¿Qué tener todo y no tener nada era lo mismo? No sé ni me interesa. Yo dije lo que me salió naturalmente, me molestaba su sombra. Dejo a los infatigables atenienses discutir enredadas e ingeniosas interpretaciones sobre sus palabras y las mías.

Ya el buen Apolo llega a entibiecer mis entumecidos huesos.

4. El científico y el cura (un desencuentro)

Y ahora me llega un libro de este cura del convento de Brunn. Ya tengo noticias de su trabajo. Pero estoy harto de curas y matemáticos. Aquí fue Edgeworth, el matemático, que descubrió un hueco en mi teoría. Todo estaba muy claro. En cada nueva generación se producen pequeños cambios. Si algunos favorecen a un individuo este vive más tiempo, está más vigoroso y puede dejar más descendientes. Los pequeños cambios favorables se acumulan en las generaciones sucesivas y producen por fin un ser más evolucionado y adaptado a su medio. Pero el argumento de Edgeworth es preocupante aunque no capto bien sus consideraciones estadísticas. Un cambio, por ejemplo en la altura o en otras características importantes (como lo vio mi primo Galton) se promedia, mediante el cruzamiento, con individuos que no han cambiado. Por lo tanto los cambios ventajosos se diluyen en la población y no pueden acumularse. Por ahora no veo una respuesta a esta objeción. Por suerte para mí, casi nadie la entiende.

Ahora, según me han dicho, este cura de Brunn (un tal Gregorio Mendel) sostiene que los cambios pueden desaparecer, a veces totalmente, en la descendencia, pero vuelven a aparecer con el mismo vigor, cuando se cruzan los descendientes, como si se conservaran ocultos. Claro que eso sólo lo probó en un estudio sobre algunas

características (tal vez artificiosamente elegidas) de unos guisantes. Y su prueba no es directa sino estadística. Y con esa misteriosa transmisión oculta de las cualidades pretende haber descubierto el mecanismo de la herencia. Para darle a ese misterio de aspecto religioso una sensación de verdad científica, postula que las características se llevan en corpúsculos materiales ocultos en el organismo que se combinan al azar en los cruzamientos, pero paradójicamente, tales combinaciones al azar producen relaciones regulares en la población descendiente que justifica con enredadas consideraciones de Estadística. No debe saber mucha Biología pues me dicen que, aunque era buen matemático, en 1850 y en años posteriores no pudo pasar los exámenes para ejercer docencia superior debido a sus bajas calificaciones en Ciencias Biológicas. Aunque se dice que ha leído mis obras pero no sé si habrá entendido algo. El botánico Nagely me ha enviado el texto definitivo de su trabajo con algunas consideraciones elogiosas pero confusas. La impresión es que el trabajo mismo es confuso o Nagely no lo ha entendido mucho. De todos modos tengo cosas más importantes en que pensar, (como por ejemplo resolver las objeciones de Edgeworth) y no puedo perder tiempo en atender especulaciones de curas matemáticos.

(NOTA: La solución a las objeciones de Edgeworth a Darwin, estaba a su lado, en el texto de Mendel que él tenía y que se conserva con las páginas sin abrir)

5. El ex-muerto de Betania y el santo con lágrimas

No puedo explicar como me encuentro. Menos aún como me encontraba antes. Me acuerdo de mi enfermedad y mi sufrimiento. Mi hermana llamaba a un santo joven que habíamos recibido en casa hacía unas semanas y que, según ella podía curarme. Pero no sabíamos donde estaba. Luego sentí mi descenso en una profunda oscuridad que parecía interminable.... hasta que todo se iluminó. Era como un sueño, pero no soñaba nada. Un reposo infinito. Pero evidentemente no era no-ser, pues en cierto modo existía, pero no como yo, tal vez como todo, como el universo, pero al mismo tiempo como una parte insignificante. Creo que era una gran felicidad pero esto no era lo importante, podría ser una gran desdicha. Estas palabras sirven aquí pero no allí. No era la desdicha de estar solo. Nunca he estado más acompañado pues, como he dicho, era todo el universo y una parte mínima de él. El tiempo no pasaba. Pero había un desfile de visiones que manejaba a mi gusto.

De pronto sentí otra vez la oscuridad, el tiempo y la angustia. Un terrible desgarramiento me llevó de nuevo al túnel de donde había venido. Me sentí en una cueva envuelto y vendado. Me sacaron de allí. Un joven que antes había visto pero no me acuerdo donde, estaba con mi hermana, el joven miraba al cielo, con lágrimas en sus ojos y parecía estar hablando con Dios. Me quitaron las vendas que me ataban. En la entrada de la cueva había mucha gente. Todos me miraban asombrados.

Me preguntaban si vi a otros muertos, me preguntaban por amigos y parientes fallecidos, me abrumaban con sus preguntas. Les decía que no los vi, pero es lo mismo, pues sé cómo estaban. Estaban como yo estaba. Eran como yo. Eran yo. De esto no tengo la menor duda. Y entonces me preguntaban si eran felices y les digo que, en cierto modo sí, o no, tampoco eran infelices, esto era indiferente allí. Les decía que yo era todo y a la vez nada pero parece que no entienden. Pero no tengo otras palabras para decirlo. Me preguntaban si los muertos se acuerdan de ellos. Les digo que no lo puedo explicar pero creo que sí porque es como si se acordaran de todo. Por fin oí una pregunta clara que podía contestar: una niña me preguntó: ¿hay luz o está todo oscuro?. ¡Sí, hay luz! pero no como la de aquí. Sale de todas partes. Es como si todo fuera luz. Yo mismo era luz. Creo que pensaban que estoy loco y se alejaban decepcionados, pero venían otros.... estoy cansado, quisiera volver allí. Me fui con mi hermana y el joven santo que ahora reconocí, había estado en mi casa hacía varias semanas con mis hermanas Marta y María. Me dijeron, mucho después, que mi resurrección causó el odio y temor de los fariseos contra él y decidieron matarlo. ¿cambió mi vida por la suya?. Un rabino me dijo que no podía volverme ahora al mundo de la luz. Salí de allí-me dijo- por un milagro, o sea una decisión inexplicable de Dios y debo soportar esta vida hasta que él decida, inexplicablemente, que vuelva allí donde no hay nada inexplicable o más bien no hay nada que explicar.

6. El inspector del tren y el viajero terco

No lo olvidaré nunca. El hombre más soberbio, necio y prepotente que he conocido. Hindú tenía que ser. Con su vestido blanco y una pequeña maleta negra. Había sacado un pasaje de primera en Durban. No sé como se lo vendieron. Y se sentó en un asiento del coche de primera clase. Su compañero de compartimiento me lo avisó cuando entré al vagón a revisar los pasajes. Pensé que era por error, parecía recién llegado al país. Ya había ocurrido esto otras veces. Asunto fácil de arreglar, pensé. Le dije, amablemente,

que se cambiara de coche. Primera clase es sólo para los blancos. Y aquí sucedió lo asombroso. Como si fuera lo más natural me volvió a mostrar el pasaje y me dijo sonriendo: “es de primera”. Comencé a perder la paciencia. “Ya lo ví, pero usted no es blanco, no puede viajar aquí, ¡por favor! Pase al coche de al lado. ¡no me haga perder más tiempo!”. Pero el estúpido no pareció asustado ni enojado. “Es de primera” volvió a decirme mostrándome el pasaje y se acomodó en el asiento mirando al frente, como si yo no existiera. Indudablemente era un anormal, un débil mental. Algo, tal vez su digna tranquilidad y tono amable, me impedía sacarlo del asiento y arrastrarlo a su coche, cosa fácil pues parecía de constitución endeble. El Supervisor estaba en el otro extremo del vagón. “¡Supervisor, Supervisor!-grité- ¡venga por favor, este negro estúpido no quiere moverse!”. El Supervisor se acercó lentamente y entendió enseguida lo que pasaba. “¡Mire –dijo con voz clara y firme- pase inmediatamente al coche de equipajes, este es sólo para blancos, así ha sido siempre!”. El hindú reaccionó algo ahora, miró al Supervisor sin temor y con toda calma le dijo señalándome con la mirada: “El señor no me ha entendido bien, tengo pasaje de primera”. Algunos pasajeros se levantaron, hubo voces y gritos ¡Fuera! ¡Sáquenlo de aquí! ¡Negro atrevido! ¡Está loco! Acudió el Policía del tren. Entre él y el Supervisor lo arrancaron del asiento y lo sujetaron. No hizo el menor gesto de resistencia. En pocos segundos el tren hizo su primera parada nocturna en la pequeña estación de Maritzburg. Lo empujaron afuera y cayó en el suelo. Le arrojaron su maletín. Monhandas Karamchand (vi su nombre en la lista de pasajeros al día siguiente) se levantó y nos miró inexpresivo, sin ira y blandiendo aún su pasaje de primera.

“Calma, no se preocupen”- dijo el Supervisor con aire de triunfo a los pasajeros-“con esas actitudes no llegará muy lejos.”

Bibliografía

- 1..A. Foucher. Budha.
- 2..Darwin C. [1832] El viaje del Beagle. Ed. Guadarrama, 1983.
- 3..Diógenes Laercio. Vidas y Opiniones de los Filósofos más Ilustres.
- 4.. N. W Gillham A Life of Sir Francis Galton. Oxford University Press.
- 5..El Evangelio según San Juan Cap.11.
- 6..Heimo Rau. Gandhi.

